

Las 'nuevas ciencias' y los brujos televisivos

J. A. MARTÍN — PEREA

Uno de los hechos más llamativos que podemos contemplar a nuestro alrededor es el de la proliferación de nuevos sacerdotes de antiguas magias que se intentan meter en nuestras casas. Viejas creencias, que hace unos años sólo hubieran tenido acogida en entornos de ínfimo nivel cultural o en regiones del tercer o cuarto mundo, hoy despliegan su actividad por las principales capitales del primero.

En Nueva York, París, Berlín, Londres, Roma, Lisboa o Madrid, es difícil no encontrar un canal de TV en el que, tarde o temprano, no surja algún programa en el que se exponga, con todo "rigor científico", lo que hay oculto detrás del cruce de los astros, de los espíritus que no pueden pasar al otro mundo, de los visitantes de otros planetas....

Anuncios en los periódicos nos indican las virtudes curativas de pulseras magnéticas, que hay que recargar periódicamente, o de anillos que disipan los flujos malignos. Todo un gran negocio se ha desarrollado en torno a temas metamágicos y paraespirituales que adoptan el apellido de "nuevas ciencias" y que parece van en aumento.

Cuando, teóricamente, nuestra civilización es la de la alta tecnología, las falsas tecnologías y las falsas ciencias están extendiendo sus brazos como pocas veces antes.

Es posible que, en otras épocas, hubiera un interés similar al que existe hoy por todos esos temas, en entornos equivalentes. Se puede decir, también, que Newton, en sus últimos años, se mostró interesado por la magia. Y que Conan Doyle celebraba rituales de espiritismo. Se puede añadir, asimismo, que el científico que, viendo un horóscopo en el periódico, no haya mirado lo que le pronosticaban en su signo, que tire la primera piedra. La curiosidad es

algo connatural al hombre y es lógico satisfacerla. Pero el creer a ciegas en algo que no puede verificarse podrá recibir el nombre de fe o de ilusión, pero jamás el de ciencia.

Evidentemente, cada uno es libre de creer en lo que sea o en lo que quiera. El problema se presenta cuando esa creencia se intenta transmitirla a los demás. Para eso son necesarias pruebas y éstas, en el caso de las falacias pseudocientíficas, nunca llegan. Igual que en las creencias religiosas. Serlo o no serlo es cuestión de fe. Lo que no se puede es pretender convencer a alguien por la fuerza de la espada o de la guerra.

Sin llegar a esos extremos, los que aparecen en las pantallas de la TV o en las páginas de revistas, pretenden llegar a asentar fundamentos donde sólo existe el vacío.

Y cualquier discusión es inútil. Dos científicos pueden discutir sobre una ley o un experimento y, pasado un tiempo, llegarán a un resultado, o alguien ajeno a ellos les hará llegar a él. Sólo hay que recordar el célebre tema de la fusión fría, cómo se discutió, cómo se expusieron los pros y los contras y cómo se llegó a una conclusión. Y se pudo hacer porque, a pesar de todo, todos hablaban el mismo lenguaje.

Pero en otros terrenos la situación es muy distinta. ¿Podría llegarse a algún resultado, por ejemplo, de la discusión entre un monje budista y un fundamentalista islámico, sobre cómo es Dios? Igual ocurre con la posible discusión entre un científico y uno de esos brujos postmodernos que nos acosan. Cualquier controversia es inútil. El uno pediría pruebas y rigor, y el otro expondría la "experiencia" de casos que le han contado. O haría referencia a archivos supersecretos guardados celosamente por la CIA, o por el Pentágono, o por cualquier agencia a la que nadie presen-

te tiene acceso, en los que se oculta información cierta sobre visitantes de otras galaxias o sobre cualquier otro tema que se trate.

Por ello resulta absurda la discusión. Sería como intentar conectar emisoras de radio y receptores operando cada uno de ellos en una frecuencia diferente. En este caso, además, una de las emisoras sólo emite ruido.

Ante todo lo anterior, hay dos preguntas que me surgen. La primera es de carácter quizá sociológico y la segunda, como las cartas de recomendación, "a quien corresponda".

La una es: ¿Cuál puede ser la causa del interés de la sociedad, hoy, por esos temas pseudocientíficos? La otra sería: ¿por qué no existen, en las televisiones públicas o privadas, espacios equivalentes dedicados a la ciencia o la tecnología "de verdad"? La respuesta a ambas debe ser casi la misma. A la segunda, porque no cubrirían mínimos de audiencia. A la primera, porque en ellos todos pueden opinar y, a quien más y a quien menos, alguna vez le ha pasado algo raro.

La ciencia verdadera cada vez es más difícil de explicar. Los científicos no se preocupan de hacer de divulgadores y, cada día se alejan más de la sociedad. "Lo otro", las falacias pseudocientíficas, se puede explicar hablando de espíritus o de fuerzas ocultas. Y eso lo entiende todo el mundo. Aunque sea mentira.

No podemos, pues, quejarnos de "todo eso" que avanza a nuestro alrededor. La ciencia y la tecnología deben hacerse llegar a todos. Si no, su puesto será ocupado por lo que no es ni una cosa ni otra. Y, al final, la responsabilidad será de todos y los resultados, también, recaerán sobre todos.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.